

# EL PUERTO DE LA CRUZ, PRIMER CENTRO TURISTICO EN CANARIAS.

El Puerto de la Cruz fue el lugar donde comenzó el turismo en Canarias. En el año 1886 en este pequeño puerto del Valle de La Orotava se estableció el primer *sanatorium* del Archipiélago para acoger a los turistas enfermos, sobre todo tuberculosos, que por entonces eran los mayoritarios. Fue además el primer centro turístico español de ámbito europeo. Ahora bien ¿por qué comenzó en el Puerto de la Cruz y no en otra parte de Tenerife?. ¿Cómo fueron esos primeros años? En este artículo vamos a intentar dar respuesta a estas cuestiones.

Gregorio Leti, un biógrafo de Felipe II, dijo: «Hay en Tenerife una montaña tan inconmensurablemente alta, que es imposible de treparla sin grandes dificultades. Desde entonces se cree que es la montaña más alta del mundo. De todas maneras, se dice que desde su base hasta lo alto se encuentran las moradas de unas gentes, absolutamente salvajes y crueles, más parecidas a bestias salvajes que a personas razonables». Se refería al Teide, considerado desde por entonces, en efecto, como la montaña más alta del mundo. Una imagen que perduraría hasta bien entrado el siglo XIX. A la vez, una imagen tenebrosa que provocaba pánico. Pero pronto se transformaría. Entre el mes de abril y mayo de 1579, un jesuita inglés, llamado Thomas Stevens, considerado como el primer inglés que alcanzó el continente de la India y el Cabo de Buena Esperanza, en su ruta hacia Goa (la India) a bordo de una flota portuguesa, a su paso por aguas canarias insinúa «Que gran placer se tendría en lo alto de la montaña de la isla de Tenerife» -fue su exclamación-. Stevens se hacía eco del sentimiento que los humanos de entonces consideraban temerosas las montañas, sin aventurarse a escalar sus laderas ni subir hasta sus cimas. Los isleños no eran ajenos a este sentimiento. Sin duda Thomas Stevens no fue el primer inglés que habla del Teide. Años después, para unos entre 1596-1620 y para otros en 1629, Edmund Scory ya no sólo habla pasionalmente del Teide, sino que también nos da una singular y completa descripción de él. Los mercaderes ingleses Philips Ward, John Webber, John Cowling, Thomas Bridges y George Cove lo harían en 1646. Esta vez registran los fenómenos atmosféricos, estudian sus formaciones geológicas, analizan la flora, la temperatura, etc. Si hablaremos de las expediciones científicas realizadas en el siglo XVIII y primera mitad del XIX, la lista se haría demasiado larga y pesada. Desde luego que hoy no venimos a hablar del Teide, pero lo traemos como preámbulo, pues nos hace reflexionar sobre el auténtico alcance histórico del turismo en el Archipiélago. En efecto, desde que Canarias se incorporó a la órbita europea, además de un emplazamiento de interés comercial, un lugar relevante como enclave marítimo en las rutas de América, África y Oriente, fue también un Archipiélago que llamó la atención por encontrarse la montaña que hasta entonces se creía que era la más alta del mundo. Tanto los viajeros como los comerciantes reverenciaron la magnitud del Teide, que desde una distancia de 1.600 kilómetros ya divisaban. Sirvió de punto de referencia para los comerciantes y navegantes, además de cuantos naturalistas europeos. Pero fueron los británicos los primeros en subir hasta su cima. Aprovechaban la estadía o aguada en los muelles de la Isla para subir y reverenciar el bello espectáculo que se divisaba desde lo alto del cráter. El Teide fue como un imán que atraía poderosamente a los británicos para su exploración. Fue un reclamo turístico que se proyectó, como veremos más adelante, en el momento del desarrollo del turismo en el Puerto de la Cruz. Que duda cabe que aún hoy sigue jugando un papel destacado. La presencia del Teide y la popularidad de que gozaron los afamados vinos malvasías durante los siglos XVI y XVII en Inglaterra contribuyeron desde muy temprano a que Tenerife fuera la

más conocida de todas las islas entre los viajeros, particularmente entre los habitantes de Albión. Estas fueron las razones principales por la cual el turismo comienza primero en Tenerife antes que en otra isla del Archipiélago.

Sin embargo, la visita a las islas, y en especial a Tenerife, de estos tempranos viajeros, si bien jugaron un papel importante a la hora de generar una imagen exterior de Canarias, aún no los podríamos llamar turistas. A lo sumo, viajeros. En efecto, si por el término turista definimos a todo el que viaja o se desplazaba en busca de ocio y descanso, y busca para conseguirlo el *comfort* y la «familiaridad», entonces el comienzo del turismo en Canarias se dio en las primeras décadas del siglo XIX. Es desde estos primeros momentos cuando podemos hablar, en lugar de viajeros, de turistas.

Ahora bien, para poder entender los comienzos del turismo en Canarias es necesario precisar las coordenadas espaciales y temporales que permitieron su desarrollo, ya que el turismo se encamina sobre las islas Canarias porque éstas tienen una serie de singularidades geográficas e históricas que hacen que las mismas presenten unas diferencias sustanciales sobre el destino turístico por excelencia hasta el siglo XIX: Europa y Madeira. Por eso, es necesario hablar, aunque someramente, de su historia, pues de lo contrario difícilmente comprenderíamos su génesis en las islas, su proyección sobre estas latitudes

Durante los siglos XVII y XVIII los jóvenes nobles ingleses se desplazaban al continente europeo al acabar sus estudios para mejorar su formación. Es lo que llamamos el *Grand Tour*. Pronto esta actividad empezó a practicarla a partir del siglo XVIII la aristocracia inglesa en la estación invernal que, por una serie de factores, dejaron de realizarla en su país. Su práctica comienza a extenderse a otros sectores sociales. El motivo de sus desplazamientos era inicialmente por problemas de salud. Eran enfermos que en inglés antiguo se les denominaban *invalids*, pero que difícilmente se puede traducir al castellano. *Invalids* eran todos aquellos enfermos pulmonares y bronquiales, fundamentalmente tuberculosos, o personas que padecían de la gota, reumatismo, escrófula, ciertos enfermos zimóticos, asmáticos, apoplejía, asma, hepatitis, etc. Es decir, toda una serie de enfermedades que los incapacitaban para llevar una vida normal. En este sentido también se les denominaban *consumptives*, porque sus enfermedades los iban consumiendo. Era, pues, un turismo terapéutico. Se trasladaban bajo prescripción médica a los lugares donde se encontraban los yacimientos de aguas termales. A esos lugares se les dominaba *health resorts* (centros de salud), que en líneas generales podríamos traducirlo por centros turísticos. Madeira empezó a ser frecuentada desde mediados del siglo XVIII, aunque en menor escala que en Europa.

Pero esa época dorada del *Grand Tour* en el continente europeo quedará eclipsada con el comienzo de la guerra por parte de Inglaterra con la Francia revolucionaria y napoleónica y el consiguiente bloqueo continental decretado más tarde a Gran Bretaña. Europa se cierra a los británicos. La isla portuguesa de Madeira se convierte en el centro de refugio invernal para los turistas enfermos, en el nuevo *health resort* de los británicos. Desde el momento que se restablece la paz y se procede a la apertura de los países del Mediterráneo, los países europeos vuelven a ocupar su lugar, pero las cosas ya habían cambiado. La experiencia de Madeira indujo a los médicos ingleses a entender, no sin razón, que los climas cálidos favorecían mejor la convalecencia. El fin de las guerras napoleónicas y la paz en el océano permitieron también la navegabilidad del Atlántico y consecuentemente la movilidad por sus aguas. Eso facilitó la comunicación entre los archipiélagos portugués y canario. De esa manera, algunos británicos enfermos residentes en Madeira en estas primeras décadas del siglo XIX aprovechan estas ventajas y se trasladan a Tenerife para la convalecencia. En la medida en que aquí no había infraestructura hotelera alquilarían haciendas a particulares para el alojamiento. Algunos ponían en producción las tierras arrendadas y costeaban la estancia con los beneficios que obtenían. En ocasiones otros llegarían a establecer su residencia definitivamente. Es el caso de Charles Smith, que después de una temporada en Madeira por problemas de salud, se traslada al Puerto de la Cruz en 1834. Su estancia en el lugar le reportó tan grandes beneficios, que en el año 1841 compró la casa llamada

*Little's Place*, también conocida por «Sitio del Pardo», para establecerse para el resto de su vida. Son los primeros turistas que recibió Tenerife.

La visita turística no solamente se realizaba por problemas de salud. En ocasiones también el placer o el ocio era el motivo. En 1848 llegó una expedición de británicos desde Madeira para realizar una excursión al Teide. Entre ellos se encontraba un miembro de la casa real Saxe Coburgo-Gotta.

Así, pues, desde las primeras décadas del siglo XIX podemos hablar de turismo en Canarias, y especialmente en Tenerife.

No obstante, a pesar de la deficitaria infraestructura de alojamiento en Tenerife y en general en Canarias, el Puerto de la Cruz era el único lugar del Archipiélago, junto con Santa Cruz, que contaba con algunos establecimientos hoteleros. Cuando aún no existían fondas en las islas, en 1814 un carpintero inglés, apellidado Jackson, arrienda la casa situada en la calle Zamora con el nº 23 (hoy Casa Sol) a Bernardo Ascanio y Molina. Fue la primera fonda que se establece en el lugar y en Canarias. En ella se hospedarían muchos británicos que vinieron a mejorar su salud bajo los efectos del benigno clima del Puerto de la Cruz. Algunos empleados de las casas comerciales extranjeras extintas a raíz de la crisis vitivinícola de principios de siglo se quedan aquí realizando otros trabajos. Una de esas ocupaciones fue la hospedería. Por ejemplo, el inglés Charles Sayer, que había venido al Puerto de la Cruz en 1817 para trabajar en la casa de comercio del irlandés Dionisio O'Daly, instala una fonda en el año 1822. En la década de los treinta, un antiguo actor de ópera de Cádiz, cuyo nombre se desconoce, abre otra fonda y en la que pernoctaron por largas temporadas *invalids* ingleses para su convalecencia.

Aparte del Puerto de la Cruz, en estas primeras décadas del siglo, como hemos señalado, solamente Santa Cruz contaba con algunos hoteles. Uno fue instalado por los hermanos ingleses, apellidados Richardson, en la calle de La Marina. Se conocía por el *Hotel Inglés*. Era el hotel inglés como el que había en todas partes, como bien afirma Richard F. Burton. Según el mismo viajero, los hoteles ingleses generalmente solían ser los mejores de cuantos se establecían en las ciudades y puertos, aunque solían ser más caros que los de sus rivales franceses. El de Santa Cruz cobraba un dólar y medio por noche (aproximadamente unas 6 pesetas). A pesar del precio era el más frecuentado por los ingleses que visitaban la capital. Al mismo llegaban *invalids* para sus convalecencias, incluso, residentes británicos en el extranjero. En 1861, llegó al hotel un oficial inglés de baja por enfermedad de la Costa del Oro para su recuperación. Pronto, los mismos hermanos Richardson además de la fonda de la calle de la Marina establecen un nuevo hotel fuera de la ciudad a finales de los años sesenta. Se trataba de la casa roja situada en la Finca de España conocida como la casa Mackay. Estaba emplazada en el lado izquierdo de la carretera entre Santa Cruz-La Laguna, y era muy conocida entre los ingleses porque en ella residió en el año 1768 el poeta y médico inglés John Wolcot (1738-1819), conocido como Peter Pindar, durante su viaje a Jamaica cuando fue señalado como médico del gobernador de la isla antillana William Trelawny. Era un hotel que en nada envidiaba a las mejores casas de huéspedes de Madeira.

El otro era el hotel francés de Daniel Guerin. Estaba situada en una hermosa casa de la plaza de la Candelaria con fachada simétrica y balcones de hierro. La tarifa era más barata que la fonda inglesa (5 pesetas con 20 céntimos), pero su comida era mucho mejor. El hotel estaba situado en la parte baja de una vivienda de dos pisos, en cuyo segunda planta había un café francés. Más tarde sería sustituido el café por un bazar. Precisamente el ómnibus para La Laguna se cogía enfrente del hotel.

En los años cincuenta en Santa Cruz se suma a estas dos fondas extranjeras una tercera, la española de Feliciano Durvan, situada también en la plaza de La Candelaria.

Pronto las fondas extranjeras dejan de funcionar. En la francesa permanecerá a partir de entonces solamente el bazar francés. En la casa dejada por los hermanos Richardson, uno de ellos había fallecido, se estableció el consulado británico. Atrás había quedado la comodidad para los viajeros ingleses y franceses de tener sus «proprios» hoteles, viéndose obligados de esa manera a

hospedarse en la fonda de Durvan.

Salvo estas pequeñas iniciativas, emprendidas fundamentalmente por extranjeros, el estado de la infraestructura hotelera era muy deficitario.

Sin embargo, un paso decisivo en el reconocimiento de la isla como centro turístico invernal también se produjo en esas primeras décadas del siglo XIX. Entre los años veinte y treinta se trasladan a Tenerife los prestigiosos médicos británicos James Clark, William Robert Wilde y William Cooper. Los tres van a resaltar en sus respectivos escritos que el clima de Tenerife (Santa Cruz y el Puerto de la Cruz), suave en invierno y templado en verano, es comparable al de Madeira, aunque este último estaba sujeto al reproche de ser demasiado húmedo. Estos tres médicos serán los auténticos descubridores de las cualidades turísticas de Canarias, y más concretamente de Tenerife. Sin embargo, solamente uno, William Robert Wilde, recomendó abiertamente el Puerto de la Cruz como mejor que Madeira, y por su puesto que las rivieras italianas y francesas, pues fue el único que visitó el Valle de La Orotava. William Robert Wilde, padre del escritor Oscar Wilde, fue una de las figuras médicas más ilustres de la Gran Bretaña victoriana, a pesar de ser irlandés. Fundó el *St. Mark's Ophthalmic Hospital* de Dublín y la revista *Quarterly Journal of Medical Science*. Aparte de su devoción a la ciencia médica, escribió libros sobre arqueología y antropología. Sus opiniones favorables sobre el Puerto de la Cruz van a tener una gran resonancia en la ciencia médica británica.

En 1859 llegó al Puerto de la Cruz el barón francés Gabriel Belcastel. Se hospedó en la Fonda Casino de la Plaza del Charco. La fonda había sido abierta en 1853 por Nicolás Martínez, donde hoy está «El Rincón del Puerto». Tras su muerte, el 23 de enero de 1855, pasa por diferentes manos. Primero, permanecerá abierta a cargo de su segunda esposa Juana Esquivel. Posteriormente la arrendaría Pedro Aguilar en 1857, quien la conservará más tiempo abierta, exactamente hasta 1873, llamándola Fonda Casino. En ella se hospedarían ilustres viajeros, aunque tuvo dos huéspedes de honor: el hermano del emperador Francisco José, su Alteza Imperial Maximiliano I, Fernando Maximiliano José, Archiduque de Austria, durante su viaje a México en 1859, y su Alteza Imperial el gran Duque Alexis Alexandrowich, hijo del Emperador de Rusia, durante su estancia en 1867 para subir al Teide.

Pero la Fonda Casino tuvo de huésped, como hemos dicho, a Gabriel Belcastel. Su estancia en el lugar iría a incidir notablemente en el despegue del turismo en la comarca norteña. Llegó con su hija desde Málaga al Puerto de la Cruz el 17 de noviembre de 1859 para que la niña se recuperara de una enfermedad bronquial. Permaneció por un periodo de seis meses, aunque inicialmente pretendía establecerse por el resto de su vida. No fue así y solamente permaneció un año. Belcastel hará una buena recopilación de todas las investigaciones que se habían hecho sobre el clima de Tenerife y las resume en un libro titulado *Les Iles Canaries et la Vallée d'Orotava au point de vue hygienique et medical*, editado en París en 1861. El elogio del clima de Tenerife y, sobre todo, la consideración del valle, y en especial el Puerto de la Cruz, como el mejor lugar y más sano que jamás había conocido -no era para menos ya que su hija se restableció totalmente de sus afecciones pulmonares después de haber recorrido muchos lugares buscando su cura-, hizo que, al año siguiente de la edición francesa, fuera traducido al castellano por Aurelio Pérez Zamora y editado en la Isla en 1862. Prueba manifiesta del interés que había despertado la obra de Belcastel entre algunas personas de la burguesía de la comarca. Y su influencia no se hizo esperar.

El 27 de mayo de 1865 Nicolás Benítez de Lugo se dirige al Gobernador Civil para que pida a la reina Isabel II autorización para formar una empresa cuyo fin era la construcción de algunos albergues donde pudieran establecerse los extranjeros que bien por enfermedad o por ocio visitaban la Isla durante el invierno y el verano. La corporación municipal de La Orotava, acordó informar a la superioridad de lo beneficioso del proyecto «no sólo por el fin en sí, sino por los puestos de trabajo que crearía su construcción así como la riqueza que crearía la presencia en los dos pueblos de personas de posición social alta». Sin embargo, su petición no dio el resultado deseado, siendo desestimada su

solicitud por la administración.

Después de esta iniciativa, la más interesante que se tomaría en la década siguiente en el Puerto de la Cruz se debe al matrimonio inglés formado por John Turnbull y Elizabeth Turnbull, ambos de 45 años. Habían llegado al Puerto en noviembre de 1869 y estuvieron hospedándose una temporada en el Hotel Casino. Pronto se percataron de la necesidad que había en el Puerto de un auténtico *English hotel*. Habían abierto una pequeña *boarding house* en La Dehesa de Ventoso. Pero era demasiada pequeña y además estaba algo lejos. Así pues, en el año 1876, los señores Turnbull instalan una confortable y cómoda casa de huéspedes en la calle Blanco nº 8 (actual casa de Plácido Bazo y familia). Se convertiría en el hotel preferido de los viajeros británicos. Contaba con 18 habitaciones, nueve en cada planta. Fue la primera y única de esas características que existía en todo el Archipiélago. El Hotel *Turnbull* jugó un importante en la Historia del turismo del lugar, incluso de Tenerife, pues era visitado frecuentemente por gran número de turistas *invalids* desde Madeira durante los meses de invierno, cuando en Funchal el tiempo era más desfavorable, y el Puerto de la Cruz contaba con una temperatura de 5 grados más que la capital de Madeira. El doctor inglés Michael Grabham, toda una institución en el tratamiento de la tuberculosis, siguiendo las recomendaciones de sus compatriotas enviaba desde Madeira a la *boarding-house* de los señores Turnbull a sus pacientes crónicos de tuberculosis o bronquitis para la convalecencia.

Así pues, salvo estas escasas iniciativas locales, el desinterés por la hospedería y en general por el turismo entre los isleños era la tónica dominante. Efectivamente, a pesar de estos tempranos reclamos turísticos desde el extranjero y las contadas iniciativas locales, el turismo tardó algunas décadas en desarrollarse. Una de las causas por las cuales aún el turismo no se consideró como un recurso económico a desarrollar fue porque en Tenerife, como en el resto de Canarias, se optó por la cría de la cochinilla para superar la grave crisis vitivinícola de los años veinte y treinta de la pasada centuria. Como consecuencia de ello, la hospedería en las islas se descuidó. Las pocas iniciativas turísticas fueron tomadas por extranjeros: junto a John Turnbull en el Puerto de la Cruz aparece Louis G. Camacho en Santa Cruz y Charles Baker Quiney en Las Palmas de Gran Canaria. Fueron escasas las fondas establecidas por naturales isleños.

Es precisamente a raíz de la crisis del nopal en la década de los ochenta, cuando se presta atención al turismo como una nueva opción económica. Por lo tanto, la génesis del turismo, como actividad industrial, como actividad económica, hay que situarlo en la década de los ochenta del siglo XIX. Las experiencias anteriores fueron sus antecedentes. Pero su génesis como tal, desde el punto de vista de los capitales, desde el punto de vista de la participación empresarial, desde el punto de vista del establecimiento de plazas hoteleras, de las mejoras alimenticias, de su papel en la balanza de pagos, etc., hay que situarlo en la década de los ochenta. Además de la crisis económica que se estaba padeciendo, otras circunstancias también favorecieron su atención en el primer lustro de esos años ochenta. Sin duda el más importante de todos fue el cambio de mentalidad que se estaba operando. La cura balneoterápica -ya fuese con el termalismo o con aguas minerales- pierde terreno en favor de la hidroterapia marina y los centros climáticos. También destacaría la entrada del telégrafo en el sistema de comunicación, el vertiginoso desarrollo de las comunicaciones marítimas, la presencia de empresarios británicos en suelo canario, la misma comunidad británica existente, el bajo nivel de vida de las islas y la corriente intelectual a favor de la climatoterapia, tanto entre la clase médica isleño (Tomás Zerolo, Víctor Pérez, etc.) como entre una serie de médicos extranjeros que estaban trabajando en Tenerife en el primer lustro de los años ochenta (William Marcet, Johnson, Biennerman, Öhrvall, etc.). Estos últimos reclaman para Santa Cruz y el Puerto de la Cruz lugares privilegiados para ser centros turísticos o centros climáticos.

Ahora bien, si Santa Cruz y el Puerto de la Cruz contaban con un excelente clima invernal, aunque la capital superaba al Puerto en unos tres grados y era más cálida, hechos que la beneficiaban, ¿por qué se desarrolló el turismo en el Puerto de la Cruz?. Según los escritos de los viajeros, los

informes consulares británicos, las recomendaciones médicas (tanto nacionales como extranjeros), etc., además de la benignidad de su clima, había una serie de ventajas comparativas en el Valle de La Orotava para ponerse en marcha un centro turístico en su puerto.

En primer lugar, el marco físico y natural. El valle contaba con una belleza natural agradable y sobre todo contaba con la cercanía del Teide, tan aclamado por los viajeros a lo largo de la historia, cuya presencia y aspecto era el tópico de conversación entre los británicos, como el «tiempo en Inglaterra». «Todo en su conjunto, su posición, su clima, sus alrededores, la residencia, la sociedad, las conveniencias y, sobre todo, la proximidad al Teide, lo hace el centro más adecuado en el Archipiélago como residencia para extranjeros», comentaría Olivia Stone. El Teide causaba una impresión no superada y posiblemente sin igual, diría el doctor Ernest Hart. Era el centro de atracción de Tenerife, que fascinaba a los visitantes y como bien expresó el ilustre médico inglés «el escenario nunca está completo sin su grandiosa vista». Ese mismo espacio natural abierto, con una flora mucho más rica y una atmósfera más pura que Santa Cruz permitía una estancia de descanso y ocio, donde los turistas extranjeros podían disfrutar de los placeres que le proporcionaba una rica vegetación, donde podían realizar el ejercicio físico, el paseo campestre, la inhalación de aire puro, todo lo que recomendaban los médicos a los futuros visitantes *invalids* para su convalecencia. Ventajas difíciles de encontrar en los otros *health resorts* o centros turísticos existentes hasta entonces, excepto en Madeira, que poseía características climáticas y medioambientales similares. No debemos olvidar que el nacimiento o, más exactamente, los inicios del turismo en las islas están estrechamente vinculado más con la atención sanitaria invernal que con los viajes de ocio. No se trataba de buscar centros de esparcimiento, de ocio, sino de salud para los *invalids*, fundamentalmente para los tuberculosos. El grueso del turismo que se recibía era terapéutico. Esto significaba que la mayoría de los turistas que venía a la Isla, como a la vecina Gran Canaria, lo hacía bajo prescripción médica. Además, el Puerto de la Cruz contaba con lugares naturales en la costa donde se podían tomar baños de mar, tan recomendados para la salud en aquellos momentos.

En segundo lugar, los médicos evitaban enviar a sus pacientes a ciudades de gran densidad de población por ser orígenes de posibles infecciones y recomendaban la naturaleza como agente curativo. Además recomendaban que la estancia no se debía reducir solamente a unos meses, sino a años. Por tal razón, la demanda de casas de campo era tremendamente superior a la oferta. En ese sentido, el valle poseía numerosas casas, haciendas, adecuadas para turistas e *invalids* y que proporcionaban ese placer que se siente vivir en ellas en medio de la naturaleza. Eran las villas que constituían los *pleasant places* y que tanto gustaban a los *gentlemen* ingleses: la villa aislada con jardín, colocada en los espacios abiertos, desde donde se podía apreciar el paisaje y el campo. Santa Cruz, por el contrario, gozaba de una temperatura agradable y de un aire cálido y relativamente más seco en el invierno, pero las condiciones de insalubridad, su crecimiento urbano, la presión demográfica, la presencia del puerto, la ausencia de playas, la ausencia de vegetación, el aspecto árido de su paisaje, la carencia de una naturaleza abierta y el escaso número de casas y villas por sus aledaños para ser alquiladas la descalificaban.

Llegados a este punto muchos se preguntarán por qué eran los británicos y no otros europeos los que nos visitaban. La respuesta es muy sencilla. El desagradable clima inglés no favorecía la convalecencia de los *invalids*. Eso les obligaba a buscar fuera de su isla los lugares de temperaturas cálidas. Los italianos y franceses poseían sus centros junto al mar, preferentemente en su costa mediterránea, de tal manera de que gozaban de climas suaves y aguas templadas. Los alemanes y los habitantes de la Europa central, sobre todo los rusos, hacían turismo en la Riviera italiana y la Costa Azul de Francia, principales centros turísticos en el siglo XIX, a donde ya no sólo se viajaba por salud sino también por ocio. Los ingleses tenían que buscarlo fuera de su patria. Por eso, el grueso del turismo era inglés. Dos tercios de los que hacían turismo en el siglo XIX y buena parte del XX eran ingleses.

Por lo tanto, el conjunto del marco físico del Valle de La Orotava formaba una identidad simbólica donde naturaleza y mar respondían a las exigencias de la época. Conocedores los británicos que estas ventajas eran las que, en líneas generales, satisfacían a los que hacían turismo, su intervención en su puesta en marcha fue decisiva. El perfecto conocimiento de los gustos y necesidades de los visitantes que tenían los victorianos William S. Harris, Edward Beanes, Arthur Spring y muchos otros británicos que destacaron en la génesis del turismo, hace que se fijen en el Puerto de la Cruz para el establecimiento del primer *sanatorium* para convalecientes tuberculosos y otras enfermedades. Es en este contexto histórico de crisis económica y ventajas geográficas y medioambientales cuando comienza a rondar en las cabezas de algunos hacendados locales la apuesta por el sector servicios como una fuente más para la recuperación económica.

La primera iniciativa es tomada en marzo de 1883 por Nicolás Benítez de Lugo, aunque la había tomado en el año 1865, como hemos señalado, con poco éxito. Pero ahora se dirige al ayuntamiento del Puerto de la Cruz, que en Sesión Ordinaria del 8 de abril de 1883 no duda en considerar las obra proyectada por Lugo como la más útil que pudiera emprenderse, no sólo por lo que a la humanidad doliente se refiere, sino incluso desde el punto de vista de la conveniencia pública y general. En su resolución alega:

*Ninguna época más oportuna que la presente para la ejecución de las obras anunciadas por el Sr. Nicolás Benítez de Lugo. Esta provincia atraviesa una crisis económica muy difícil de conjurar: la depreciación de la grana, única producción que tenía valor en los mercados de Europa y la pertinaz sequía que hace años nos persigue han sumido a estas islas en la mayor miseria hasta el punto de quedar casi despobladas las de Lanzarote y Fuerteventura, cuyos habitantes han tenido que emigrar a la América del Sur para no perecer de hambre y de sed. Una parte de esos males, aumentados con los nuevos impuestos, han alcanzado a la isla de Tenerife, en donde la clase trabajadora, falto de ocupación, se encuentra en una situación angustiosa. Por lo tanto el proyecto del Sr. Benítez de Lugo, además de las ventajas ya anunciadas, traería la de emplear la infinidad de brazos ociosos por falta de trabajo y contener la emigración que amenaza dejar yermos nuestros campos.*

*Así pues, este Ayuntamiento cree que la obra debe declararse de utilidad pública y con derecho a la expropiación forzosa de los terrenos necesarios para la construcción de hoteles..*

Es un claro ejemplo del interés que despertó entre los miembros de la corporación portuense el fenómeno del turismo como una posible salida de la grave crisis social y económica que se estaba padeciendo. Pero faltaba el elemento dinamizador. Aquí se carecía de conocimiento y de experiencia, ya que se trataba de la apuesta por un recurso económica nuevo para la población canaria, y, sobre todo, se carecía de capital financiero, pues existía una escasa capacidad financiera entre los propietarios isleños. Estas deficiencias fueron cubiertas por la intervención extranjera, fundamentalmente británica. Por lo tanto, el elemento dinamizador en el despegue del turismo en las islas fue la intervención británica. Será la iniciativa inglesa y, posteriormente, la pequeña colonia que se establece en el Puerto de la Cruz a partir de la segunda mitad de la década de los ochenta las que contribuyan notable y decisivamente a su establecimiento y fomento, atreviéndonos a afirmar que se debe a ellos el desarrollo de dicha industria.

En efecto, a finales de 1885 visita el Puerto de la Cruz un oficial inglés retirado, William Strickland Harris. A su llegada se percató de la necesidad que había de un hotel de primera clase, de un *sanatorium*, que satisficiera la demanda de los buscadores de centros de reposos en la costa, recomendados ya en la literatura médica de finales del siglo XIX, en mayor medida que las estaciones

termales. En su mente ronda la formación de una compañía que pudiera abordar la construcción de uno de estos centros. Sin más demora, comienza a moverse para formarla, encontrando rápidamente la colaboración local de algunos hacendados del Valle de La Orotava, como el Conde del Valle Salazar (Esteban Salazar y Ponte), Felipe Machado y del Hoyo, Ricardo Ruiz, Andrés Carpenter, Domingo Aguilar, entre otros. También participaron los cónsules de Inglaterra, Francia, EE.UU., Alemania, Italia, Rusia y Suecia. El resultado de esta iniciativa fue la formación de la *Compañía de Hoteles y Sanatorium del Valle de la Orotava* en enero de 1886 con un capital nada desdeñable de £20.000 (500.000 pesetas) dividido en 1.000 acciones. Se había trazado como objetivo la construcción de un hotel con todas las comodidades y adelantos modernos en la llanura de La Paz.

Mientras tanto, hasta que no se consiguiera la ejecución de tal proyecto, la Sociedad decide arrendar ciertos inmuebles en la ciudad y comenzar así su actividad turística. El 11 de abril de 1886, la directiva decide arrendar la casa de estilo colonial en la calle Cupido de Antonia Dehesa Sanz para instalar en ella un *grand hotel* o *sanatorium* donde pudieran recibir tratamiento los enfermos aquejados de afecciones pulmonares y otras enfermedades. El 12 de septiembre de ese mismo año se abre el *Orotava Grand Hotel*. Fue el primer *sanatorium* que se establece en Canarias. Por tal razón afirmamos que el Puerto de la Cruz fue el primer centro turístico del archipiélago y del estado español de ámbito europeo. Desde luego que la España peninsular tenía sus propios centros vacacionales, fundamentalmente los situados en Santander y San Sebastián en el norte, o los del levante de Cataluña (Pirineos, Costa Brava y Baleares) a donde acudían la realeza, la aristocracia y burguesía española. Pero no eran ni invernales ni frecuentados por los europeos ni se proyectaban hacia el visitante extranjero. No estaban instalados caras al exterior, de hecho no lo frecuentaban extranjeros, sino todo lo contrario, estaban proyectados para el ocio y descanso de la elite española. Sin embargo, el *Orotava Grand Hotel* o *Sanatorium* del Puerto de la Cruz (futuro hotel Martíáñez) se instaló para recibir turistas y enfermos extranjeros (fundamentalmente británicos) aquejados de afecciones pulmonares. Todos los servicios que se establecen están orientados a ese objetivo.

En el hotel se pusieron en marcha todas aquellas experiencias que ya habían sido llevadas a cabo en Madeira, isla que sirvió de modelo a imitar. Se contrató al *chef* francés que trabajaba en el Hotel Metropole de Londres. En la medida en que aquí no había experiencia hotelera alguna, se traerían desde fuera camareros ingleses y alemanes. Se establece servicio médico a cargo de los doctores Víctor Pérez González, graduado por la Universidad de Montpellier y de su hijo Jorge Víctor Pérez Ventoso. Se utilizan los carros tirados por bueyes en forma de trineos, los *bullock cart* y los *hammocks* o palanquines para el transporte y excursiones de los visitantes. Etc. Es decir, se establecen unos servicios destinados a proporcionar reposo, atención esmerada y médica, confort y comodidad a visitantes extranjeros y no dirigidos hacia la clase pudiente local.

La Compañía también se encargaba de proporcionar a los extranjeros que acudían al valle casas separadas del Hotel o quintas, bien para el alquiler o para la venta, además de medios de transportes, carruajes, caballos, guías, etc.

## II PARTE – 26/DIC/98

El éxito del *Sanatorium* fue tal que por sus salones circularon prestigiosos médicos británicos como Thomas Spencer Wells, Ernest Hart, Morell Mackenzie, etc, destacados periodistas como Isaac Latimer, y en general personalidades y miembros de las realezas europeas. Todos ellos lo elevan a la categoría de los mejores hoteles de Europa. El Puerto de la Cruz se consagra como el primer centro turístico de Canarias y uno de los más importantes del mundo. Inmediatamente, en el mismo año de su



apertura, 1886, la Compañía arrienda la casa de Rosa Gramperra, en la calle Quintana (futuro hotel Monopol); en 1887 las casas de Tomás Fidel Cologan (posteriormente Hotel Marquesa) también en la calle Quintana, que ya funcionaba como hotel desde 1883; y en 1887 la casa de Luis Marina Lavaggi situada en la calle de la Independencia (hoy Cologan) y que se llamaría *Hotel Buenavista* (actualmente Hospital de la Inmaculada).

En el invierno de 1887-1888 la avalancha de visitantes fue tan grande que se produce el primer *overbooking* de la historia del turismo en Tenerife y de Canarias. La poca capacidad de camas (120 en total) y los éxitos cosechados agilizan los trámites para la construcción del gran hotel que se había propuesto la Compañía. Pero se produce la división en su seno. Unos, encabezados por el inglés William S. Harris, pretendían construirlo en La Paz. Otros, encabezados por el médico Víctor Pérez González, eran partidarios de construirlo en el Monte Miseria. William S. Harris viaja a Londres y allí forma *La Tenerife Hotel & Villa Company*. Pero es la opción encabezada por Víctor Pérez González la que se triunfaría. La nueva sociedad resultante se llamaría *The Taoro Company*, siendo sus máximos animadores el doctor Víctor Pérez y Edward Beanes, un rico inglés llegado al Puerto en 1888. La *Tenerife Hotel & Villa Company* nunca cristalizaría y se disuelve en 1892. William S. Harris, su promotor, desaparece.

*The Taoro Company*, sociedad triunfante, construye el Hotel Taoro, hasta ese momento la mayor obra arquitectónica en Canarias. La parte central del Hotel Taoro se inaugura el 22 de diciembre de 1890. Ese mismo año el Taoro se desprende de las casas arrendadas y dedicadas a las hostelería, los hoteles Marquesa, Monopol y Buenavista. A partir de entonces seguirán su andadura por separados. En junio del año siguiente, 1891, comienza la construcción de la segunda fase del Hotel Taoro que comprende las alas este y oeste. Se finalizarían en julio de 1893. La construcción del *Taoro* responde a los modelos de la arquitectura exuberante de los grandes hoteles de Europa: espacioso comedor y gran salón de exquisito gusto. El lujo y el confort irradian de sus habitaciones. Se organizan juegos de tenis, se instala Campo de Golf (en Santa Ursula), corridas de sortijas, etc. Todo detalladamente estudiado para proporcionar la mayor comodidad al turista de elite que se recibía en aquellos años.

Pero la Compañía cometió el error de construir un hotel mucho más grande del que estaba proyectado. Inicialmente, el Hotel Taoro estaba proyectado para ofrecer 110 camas y sin embargo se amplió su capacidad para 227 camas. La consecuencia inmediata de este sobredimensionamiento del edificio fue el elevado coste de su construcción. El desembolso había sido mucho mayor que el previsto inicialmente. El capital inicial era de £20.000 (500.000 pesetas) dividido en 1.000 acciones, cantidad de dinero que no se llegó a cubrir, ya que solamente se habían vendido 364 acciones. Sin embargo, según la contabilidad del hotel, el montante de las obras fue de 1.000.000 de pesetas. Incluso hay quien afirma que los costes fueron mucho mayores. Margaret D'Este comenta que fueron necesarias £120.000 (3.000.000 pesetas aproximadamente). A estos elevados costos, como señala Guimerá Ravina, se le añade que el índice de ocupación en las temporadas altas, de enero a abril, sólo fue de un 15% a lo largo de su historia. El índice máximo lo alcanzaría en la temporada 1895-1896, con una ocupación del 18%.

¿Por qué ésta baja ocupación?. Entre otras razones, yo destacaría fundamentalmente dos. En primer lugar, en la década de los noventa Santa Cruz y Las Palmas de Gran Canaria ya contaban con una oferta hotelera, con unos establecimientos capaces de recoger la demanda turística. Incluso el mismo Puerto de la Cruz contaba con un abanico más amplio de posibilidades de alojamiento. Existían tres *boarding houses* (podríamos traducirlo por hoteles familiares) a cargo de enfermeras británicas y 8 hoteles, aparte de las villas en arrendamiento por los alrededores. Por ejemplo, en la temporada turística del invierno de 1891, el 84,4 % de la ocupación hotelera del Puerto de la Cruz estaba repartida entre los hoteles que se encontraban en el lugar, frente a un 15,6% que ocupaba el Taoro.

En segundo lugar, se prefería el hospedaje en las villas, o casas de campo, y en las varias *boarding-houses* que en el Hotel Taoro. Además de la mejor calidad de vida que suponía vivir en ellas,

porque salía mucho más barato el alojamiento en ellas que en el hotel. La estancia de un mes en el Hotel Taoro costaba £18 (450 pesetas), mientras que la renta en una casa de alquiler oscilaba entre £8 y £12 mensuales (de 200 a 300 pesetas), que en una estancia mínima de meses o años, como recomendaban los médicos a sus pacientes, significaba un ahorro considerable. Incluso, a partir de los años noventa, las casas, llegarían a bajar de alquiler alcanzando las £5 mensuales (unas 125 pesetas), como consecuencia de la fuerte oferta de alojamiento ya existente.

Por lo tanto, con estos débitos y la baja ocupación que padecía el hotel, la crisis económica de la Compañía se veía venir. *The Taoro Company* debía aproximadamente millón y medio de pesetas. A algunos accionistas elevadas cantidades de dinero. A Edward Beanes la elevada cantidad de 328.747 pesetas. A Víctor Pérez y Ventoso la cantidad de 88.347 pesetas. A Charles Howard Hamilton le debía en 1903 la suma de 196.960 pesetas. Solamente son los ejemplos más significativos. Desde luego, la Compañía no podía abonar tales réditos. Se puso el hotel a la venta al precio 1.176.000 pesetas. Una cantidad muy elevada. Hubo personas y sociedades interesadas en su compra, como Henry Wolfson o la *Elder, Dempster and Co.* Pero no llegaron a ningún acuerdo con la directiva.

Las dificultades para encontrar un comprador, condujo a la *The Taoro Company* al arrendamiento del hotel en marzo de 1905 al secretario general de la Asociación Internacional Antituberculosis y destacado miembro de la Cruz Roja, el alemán Dr. Pannwitz, por la cantidad de £2.000 anuales (56.000 pesetas) al plazo de dos años y a un interés del 3%. Al año siguiente, en 1906, Pannwitz formó una compañía en Charlottenburg (Alemania), la *Kurhaus Betriebs Gesellschaft*. Cumplidos los dos años de arrendamiento, el 30 de julio de 1907 ambas sociedades deciden hacer un contrato privado de compra-venta mediante el cual la empresa *The Taoro Company* vendía a Rudolf Schaper, como representante de la sociedad alemana *Kurhaus Betriebs*, el edificio del hotel, jardines, enseres y mobiliario por la cantidad de 750.000 marcos alemanes (aproximadamente 975.000 pesetas), de los cuales 100.000 marcos (130.000 pesetas) se pagaban al contado y la diferencia a pagar hasta el año 1913, a un interés del 6% anual y a constituir una hipoteca para garantizar el pago sobre los mismos bienes inmuebles vendidos.

A partir del momento en que el hotel pasa a manos de los alemanes deja de llamarse *English Grand Hotel* y se llamaría *Kurhaus Humboldt* (Casa de Salud Humboldt), o simplemente, *Humboldt*. Se establecen tres doctores. El alemán Peipers, que vivía permanentemente en el hotel, y los adjuntos Jorge Víctor Pérez y el inglés Lishman, residente en el Puerto de la Cruz. La información médica de los huéspedes interesados en venir era proporcionada por el Dr. Pannwitz en Knesebeckstr., 29, Charlottenburg.

Pero la adquisición del Hotel Taoro por los alemanes coincidía con la rivalidad entre las potencias imperiales británicas y germanas por el control de zonas de influencia. El interés mostrado por los alemanes en establecer un *sanatorium* en Funchal, la voluntad de crear firmas comerciales de depósitos de carboneo en Las Palmas y en Santa Cruz de Tenerife, el arrendamiento de los alemanes de Las Cañadas al Ayuntamiento de La Orotava, el establecimiento del centro experimental con chimpances por parte del psicólogo alemán Wolfgang Köler, etc., suscitaron los recelos británicos en ambos archipiélagos, el portugués y el canario, pues vieron amenazados su supremacía. Temores que ya se habían dado con anterioridad a raíz del establecimiento de ciertas tiendas alemanas en el Puerto de la Cruz, como la *Reimer & Dietrich* y otras. En un informe enviado por el vicecónsul del Puerto, Peter Reid, al cónsul en Santa Cruz, William Shaw Harris-Gastrell, en el año 1895, refleja el preocupante control alemán del mercado interior isleño desde mediados de los ochenta en detrimento del inglés.

Consecuentemente, esta misma contienda también tiene su escenario en el más lujoso de los hoteles hasta el momento existente en la Isla.

Bajo esta tensión y rivalidad anglo-germana, *The Taoro Company* aprovecha los impagos de la *Kurhaus*, como consecuencia de la precaria situación económica, para actuar contra la compañía

alemana. Los atrasos e intereses acumulados por la *Kurhaus* en 1909 ascendían ya a la considerable cantidad de 1.167.352 pesetas con 96 céntimos. Tal situación económica y en este ambiente de desasosiego, los pagos se suspenden. La *Taoro Company* demanda a la sociedad alemana. Es entonces cuando se desata un enconado pleito entre las dos compañías que salpicaría al Gobierno Civil de Tenerife, al gobierno central de Madrid y al Gobierno alemán hasta convertirse en un pleito diplomático entre ambos países. Los acontecimientos que se suceden no dejan de ser un fiel reflejo de la tirantez existente entre ambas comunidades, la británica y la alemana.

Después de enconadas vicisitudes, por resolución judicial el Hotel Taoro es devuelto a sus antiguos propietarios y se disuelve la Sociedad Taoro en 1912. Una vez disuelta, se forma una comunidad de bienes representada por Charles Hamilton y Monteverde, Jorge Víctor Pérez y Ventoso, Nicolás Dehesa Díaz, Manuel Díaz Cueto (como apoderado de León Arozena y Henríquez) y Juan Martí y Dehesa. Los mismos arriendan el Hotel Taoro el 1 de julio de ese mismo año de 1912 a Khristian H. Trenkel -hombre que tenía ya bajo sus manos el Martiánez, Agüere y Quisisana- por un periodo de 7 años, hasta el 30 de junio de 1919, a un precio de 20.000 pesetas el primer año, 30.000 pesetas el segundo y tercer año, y 40.000 pesetas los años restantes.

Pero la crisis del Taoro fue la punta del iceberg de la permanente crisis que azotó al sector turístico en sus comienzos. En efecto, estas primeras décadas de la andadura del turismo en el Puerto de la Cruz (desde 1885-1914) estuvieron llenas de problemas, algunos de difíciles soluciones, y que provocarían irremediablemente permanentes crisis en los hoteles. En términos generales, había un avance considerable de visitantes y su afluencia crecía cada año. En 1886 el Puerto de la Cruz recibió 300 turistas, mientras que en 1895 recibió 2.871. De estos, 2.000 eran británicos. Sin embargo, era una cantidad muy baja teniendo en cuenta que, desde los años noventa hasta los primeros del presente siglo, desde Gran Bretaña a Italia viajaron 90.000 y en el año 1890 solamente a Niza fueron 100.000 extranjeros, de los cuales muchos eran británicos. El Hotel Taoro esperaba recibir 2.500 huéspedes por temporada. Sin embargo, el máximo alcanzado fue de 1.200 en la temporada 1900-1901. Ni el *Orotava Grand Hotel*, ni el Hotel Taoro ni el resto de los hoteles o *boarding-houses* lograrían desplazar a Madeira y las rivieras italianas y francesas mediterráneas. Varias fueron las causas.

Una de ellas fue la ausencia de líneas navieras directas. Los puertos de las islas mayores eran frecuentados por un gran número de líneas marítimas, pero estas conexiones no eran producto del establecimiento de unas comunicaciones directas con los principales centros portuarios británicos, sino eran puertos de escala de las compañías que efectuaban sus rutas hacia América, Oriente y el Sur. Solamente en los comienzos del presente siglo hubo algunas líneas que establecieron rutas directas como consecuencia del desarrollo de la explotación del plátano, siendo la *Yeoward Line* la más destacada. Eso permitió el traslado de turistas directamente a las islas. Así pues, la ausencia de comunicaciones directas con frecuencia le ocasionaba a los turistas ciertos trastornos, como teniendo que permanecer en la Isla hasta tres días más, incluso una semana, en espera a que pasara el vapor para recogerlos.

Otra fue la falta de *tours operators*. Las compañías marítimas no operaban como agencias de viajes como funcionan hoy en día, que ofrecen un paquete combinado de transporte y alojamiento, sino que se limitaban a transportar pasajeros. Solamente se encargaban del transporte de los pasajeros, pero en absoluto se hacían cargo de la estancia en los hoteles y riesgos en las islas. Era una consecuencia indirecta de la ausencia de comunicaciones directas señalada.

La supresión de la Dirección de Sanidad que existía en el Puerto de la Cruz fue otra de las razones. Supuso la obligación de fondear los buques en Santa Cruz y la imposibilidad de llegar el turista directamente al muelle norteño. Aspecto este importante porque el traslado por carretera de los turistas desde Santa Cruz hasta el Puerto era incómodo y fatigoso, dado que se tardaba 6 horas. Las consecuencias de la supresión de dicha oficina no tardaron en hacerse sentir. En enero de 1888 llegó al Puerto de la Cruz un yate con un grupo de ingleses que se les prohibió desembarcar. Se hicieron

cuantas gestiones se pudieron para permitirles saltar a tierra, pero definitivamente se tuvieron que marchar y desembarcar en Santa Cruz. El problema se agravaba cuando un vapor no podía fondear porque se había decretado cuarentena, como le ocurrió al vapor inglés *Victoria* el 10 de mayo de 1888 con cincuenta turistas que venían al *Orotava Grand Hotel*. Se tuvieron que hacer gestiones en las altas instancias para que viniera el Director de Sanidad desde Santa Cruz para que los ingleses no se fueran sin poder desembarcar. La presión política ejercida logró que en febrero de 1889 se estableciera una Dirección, pero no sería la misma, sino una «Dirección especial de Sanidad marítima de cuarta clase» y siempre que el municipio de la localidad se comprometiera a costear los gastos de mantenimiento y del médico director de la mencionada dirección.

Por otro lado, desde el valle se levantaron voces solicitando un muelle para el Puerto de la Cruz con condiciones para el atraque de vapores como necesidad apremiante para una mejor calidad turística.

La poca afluencia de visitantes determinó el cierre de muchos hoteles. En el Puerto de la Cruz, como en Santa Cruz, La Laguna, La Orotava, Güímar, Icod y en el resto de la Isla se asiste a la quiebra de muchas fondas. El caso del Hotel Taoro es paradigmático. Los hoteles cambiaban de manos con facilidad. La situación era mucho más dramática para los hoteleros propietarios locales cuyas posiciones económicas deficitarias les llevaron a solicitar préstamos para seguir desempeñando su actividad.

A pesar de estas desventajas, los esfuerzos por mejorar y promocionar el turismo se siguieron realizando, pero desgraciadamente, el infortunio desbarató todas las esperanzas del desarrollo turístico. Primero, la erupción volcánica que tuvo lugar en Tenerife en 1909 desalentó a la clientela británica, que prefirió trasladarse a otros lugares. Más tarde, en julio de 1914, estalla la Primera Guerra Mundial, interrumpiéndose definitivamente la afluencia de viajeros. En el periodo de entreguerras se da una ligera recuperación, pero, los años que transcurren desde la guerra civil española, la guerra mundial y la posguerra (1936-1950) prácticamente no existió turismo extranjero. A partir de los años cincuenta y sesenta el desarrollo del turismo posee unas características muy diferentes, pues Canarias asiste a la presencia en su suelo del turismo de masas.

Nicolás González Lemus

## FUENTES DOCUMENTALES

### Primarias.

ARCHIVO DE LA PUBLIC RECORD OFICCE. LONDRES.  
ARCHIVO HISTÓRICO DEL AYUNTAMIENTO DE LA OROTAVA. TENERIFE  
ARCHIVO HISTÓRICO DEL AYUNTAMIENTO DEL PUERTO DE LA CRUZ. TENERIFE.  
ARCHIVO HISTÓRICO DE SANTA CRUZ.TENERIFE.  
REGISTRO DE LA PROPIEDAD DEL PUERTO DE LA CRUZ. TENERIFE

### Prensa.

EL VALLE DE OROTAVA. TENERIFE  
DIARIO DE TENERIFE. TENERIFE  
EL IRIARTE. TENERIFE  
LA OPINIÓN. TENERIFE  
THE TIMES. LONDRES

### Bibliografía básica.

BESCALTEL, Gabriel. *Las Islas Canarias y el Valle de La Orotava*. Tenerife, 1862.  
BROWN, Alfred Samler. *Madeira and The canary Island*. Sampson Low. London, 1890.  
CLARK, James. *The Sanative influency of climate*. London, 1846.  
D'ESTE, Margaret. *In the Canaries with a camara*. London, 1907.  
GONZÁLEZ LEMUS, Nicolás. *Las islas de la ilusión*. Las Palmas, 1995.  
GUIMERÁ RAVINA, Agustín. *El Taoro*. Tenerife, 1990.  
HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, A. Sebastián. *Cuando los hoteles eran palacios*. Tenerife, 1990.  
MARTÍN HERNÁNDEZ, Ulises. *Tenerife y el expansionismo ultramarino europeo (1880-1919)*. Tenerife, 1988.  
RIEDER, Uwe. Las líneas del desarrollo del turismo en las Islas Canarias. *A.E.A.* nº 18. Las Palmas, 1972.  
WILDE, William R. *Narrative of a Voyage to Medeira, Teneriffe and along the Shores of the Meditterraneam*. William Curry. Dublín, 1840.